

CAPITULO XLIII.

Asuntos de los Países-Bajos.--Toma Requesens el gobierno de los Países-Bajos.--Su moderacion.--Continúan las operaciones militares.--Expedicion desgraciada de los españoles para socorrer á Middelburgo.--Cae esta plaza en poder del príncipe de Orange.--Tercera entrada del conde de Nassau en los Países-Bajos.--Es derrotado su ejército por el español, mandado por Sancho de Avila.--Muere el conde en la refriega.--Su carácter.--Sedicion en el campo español por la falta de pagas.--Huye Sancho de Avila, y los amosinados nombran un nuevo general con el nombre de electo.--Marchan á Amberes, donde entran sin ninguna resistencia.--Siguen insurreccionados hasta que se satisfacen sus atrasos.--Sitio de la plaza de Leyden por los españoles.--Inundan los enemigos el país de las inmediaciones, y los sitiadores se retiran con notable pérdida.--Nueva sedicion en el campo español.--Nuevo nombramiento de un electo.--Se van á Utrecht.--Se apaciguan.--Se apoderan los españoles de varias plazas de la Holanda.--Su gloriosa expedicion sobre la isla de Schowen, en Zelanda, y de que se apoderan.--Muerte de Vitelli.--Muerte de Requesens (1).

1574—1576.

EL nombramiento de don Luis de Requesens para sucesor del duque de Alba en el gobierno de los Países-Bajos, se puede considerar como un acto de prudencia, si atendemos al carácter de moderacion que distinguia al primero de estos personajes, y á lo mal que habia probado la severidad fastuosa y arrogante desplegada en aquella region por el segundo. No hay duda de que el rey estaba algo desengañado ya de su errada política en contener á aquellos súbditos en los límites de la obediencia solo por el rigor de los castigos, cuando nombró para gobernarlos una persona que sin duda conocia muy bien, pues nada se le ocultaba, tanto en hombres como en cosas, de cuanto tenia relacion con las artes del gobierno. Tal vez la eleccion de Requesens ó de un hombre se-

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos XXVII, XXVIII, XXXVII, XXXVIII y XXXIX.

mejante, hubiera sido de gran utilidad cuando se echó mano del de Alba, ó mas bien se hubiese aquietado aquel país no enviando ningun gobernador, dejando las riendas en las manos de la princesa Margarita; mas las circunstancias ya eran otras, y á los disgustos y turbulencias populares, violentas pero pasajeras, habia sucedido una guerra abierta, en que al estruendo del clarín y con bandera alzada, se habian declarado enemigos abiertos del rey los que eran antes súbditos, y hacian profesion, aunque no sincera, de lealtad y de obediencia. No podian ya retroceder los príncipes de Nassau ni otros muchos caudillos pronunciados; no podian tantos pueblos alzados, declarados enemigos tanto del rey como de la religion católica, comprometidos con tantos actos de ferocidad, de que habian sido alternativamente víctimas y actores, volver por artes de persuasion á la obediencia, ni entregarse á la merced de un señor que tan duro y vengativo se mostraba. No podia, pues, terminarse la guerra sino por la guerra misma, ni encomendarse la reduccion de Flandes á otros medios que el de la fuerza de las armas. Habian llegado las cosas á tal punto, que muchos de los que en un tiempo habian censurado la severidad del duque de Alba, dudaron de la utilidad de darle un sucesor de muy diverso temple; tan convencidos estaban de que habiéndose ya empezado un sistema de rigor, con este sistema se podía tan solo coronar la obra ya empezada. Mas dejando aparte estos problemas históricos, cuya solucion es tan equívoca y sirve de apoyo á sistemas tan diversos, pasaremos á la sucinta relacion de los sucesos mas notables de esta nueva época en la historia de los Países-Bajos.

De la persona de don Luis de Requesens, se ha hecho ya mencion en varios pasajes de esta historia. Revestido de la dignidad de comendador mayor de Castilla, desempeñó diversos cargos militares mas por mar que en tierra. Acudió con sus galeras y tropas de refuerzo á las costas del reino de Granada, cuando estaba empeñada la guerra contra los moriscos, y se halló en

diferentes expediciones que tuvieron lugar durante esta contienda. Fué nombrado segundo de don Juan de Austria cuando se le dió á éste el mando de las fuerzas navales que aprestaba el rey para entrar en la liga con la república de Venecia y el pontífice, y como tal se halló en la famosa batalla de Lepanto y expediciones sucesivas, donde no fueron inútiles su pericia y sus consejos. Cuando le nombró el rey gobernador general de los Países-Bajos, se hallaba mandando en Barcelona. Su capacidad y prudencia para cargos importantes, eran bien notorios en quella época. Mas el que se le confiaba ahora, exigia talentos no comunes, y una firmeza de alma de que carecia la suya.

Tomó don Luis de Requesens posesion de su nuevo cargo á principios de 1574, y desde entonces observó una conducta diferente en todo de su antecesor, mostrándose afable, circunspecto y moderado, tanto en sus actos como en sus palabras, con lo que se atrajo la aprobacion y la benevolencia de sus nuevos súbditos. Fué uno de sus primeros actos expedir decretos dirigidos á reprimir la licencia de la soldadesca de las guarniciones, de que tanto los pueblos murmuraban. Aumentó su popularidad mandando quitar de la plaza pública de Amberes la estatua del duque de Alba, espectáculo extremadamente odioso á los ojos de sus habitantes. Tambien publicó de nuevo el perdon del rey, sin imitar la faustosa ceremonia desplegada por su antecesor, pero dando mas pruebas y testimonio público de la parte que tomaba personalmente en aquel acto de clemencia. En medio de estas atenciones, no descuidó las que debia al estado de la guerra. Se hallaba entonces todo el Brabante y las provincias de la Flandes meridional bajo la obediencia de los españoles. Acababan de ser, como hemos visto en su lugar correspondiente, reducidas la mayor parte de las plazas rebeldes de Holanda, por las armas de don Federico de Toledo. Se hallaba estacionado en Delft, pueblo de la costa, el príncipe de Orange, despues de su segunda

invasion de los Países-Bajos, de tan pocos felices resultados para él como la primera. Era el principal teatro de la guerra la provincia de Zelanda, compuesta de cuatro ó cinco islas situadas á la embocadura del Escalda, pues en el mar tenian supremacia los alzados con respecto á los súbditos del rey de España. Se hallaba á la sazón el coronel Mondragon sitiado en Middelburgo, capital de la isla de Valkren, que es la mayor de toda la provincia, y habia largo tiempo que se hallaba en el mayor aprieto, habiéndose apoderado los enemigos de los pueblos del contorno. Dió parte Mondragon á Requesens del estado en que se hallaba, y éste se puso en marcha con una armada aprestada en Amberes para su socorro. Dividió esta fuerza en dos trozos, que debian marchar á Middelburgo por los dos brazos del Escalda. Confió el mando de uno de ellos, que debia atacar por la izquierda, á Sancho de Avila, y el de la derecha al conde de Glimen, quien llevaba al capitán español Julian Romero por segundo. Sabedor el príncipe de Orange de esta maniobra, hizo que una fuerza de zelandeses saliese al encuentro de Sancho de Avila, mientras otro cuerpo mas considerable, mandado por el almirante Boissot, marchaba contra el otro de los españoles. No tuvo encuentro alguno Sancho de Avila con los que le venian de frente, y que solo trataban de observarle; mas se trabó un fuerte combate entre el almirante Boissot y el conde de Glimen, cuyas fuerzas eran superiores á las de su contrario. Querria éste replegarse sin trabar pelea; mas se vió obligado á mudar de parecer por los consejos y obstinacion que mostró en su opinion Julian Romero. Se declaró la victoria á favor de los zelandeses, superiores en el número de buques, y sobre todo en pericia naval, de que tenian dadas tantas pruebas. Murió Glimen en la refriega, y Julian Romero debió su salvacion á un esquite que le sacó como de entre las garras del enemigo. Fueron la mayor parte de las naves españolas incendiadas, las otras encalladas. A esta victoria se siguió la rendicion de Mid-

delburgo, única ciudad que en Zelanda estaba á disposicion del rey de España. Reducida la guarnicion á los últimos apuros, sin víveres, sin municiones, con los muros medio derribados, se vió obligado Mondragon á entrar en ajustes con los sitiadores. Estipuló con ellos, que si ponian á salvo en las costas de Flandes á su guarnicion, su artillería, equipajes, y las familias religiosas y clérigos con sus ornamentos sagrados, se comprometeria con Requesens para que les entregase la persona de Felipe Mar-nix, señor de Santa Aldegundis, en cuya libertad tenia gran interés el príncipe de Orange; y que en caso de que el gobernador general se negase á ello, el mismo Mondragon se constituiria prisionero en su lugar en manos de los enemigos. Era tal la opinion que se tenia de la probidad del capitán español, que los sitiadores creyeron su palabra, habiendo sido cumplida fielmente la capitulacion por ambas partes. Produjo la toma de Middelburgo al príncipe de Orange la cantidad de trescientos mil florines con que se redimieron del saqueo.

A pesar de esta ventaja de sus armas, se hallaba el príncipe muy ansioso por la favorable impresion que en su concepto debia de hacer en los Países-Bajos la circunspeccion y prudencia que el nuevo gobernador manifestaba. Si le habia aliviado de un grave peso la ausencia del duque de Alba, cuya inflexibilidad y talentos militares le habian sido tan funestos, temia ahora que las diversas artes de su sucesor, amortiguasen el odio del país hácia el yugo de los españoles. Redoblaron estos temores su grande actividad, y por medio de sus diversos emisarios, no dejó piedra por mover para tener despertos estos sentimientos de aversion en que cifraba hasta su existencia. Hizo, pues, esparcir la voz de que no era mas que fingida la moderacion de Requesens, y que se trataba con palabras de indulgencia y de templanza adormecer el celo del país y desarmarle, para castigar despues como ya se habia visto, cuando sujetado ya por la princesa Margarita, se habia enviado al duque de Alba á

ser instrumento de la ira y venganza del monarca. No dejaron de hacer efecto sus insinuaciones, ni se puede tampoco culpar de esta conducta á un hombre que, comprometido como lo estaba el príncipe, solo tenia que apelar á la buena fortuna de sus armas.

Hacia mientras tanto el conde de Nassau su tercera invasion en los Países-Bajos, á la cabeza de siete mil infantes y cuatro mil caballos. Y habiéndose acuartelado en Güeldres, intentaba apoderarse de Nimega con objeto de recibir á su hermano el príncipe de Orange. Para impedir que esta reunion tuviese efecto, envió Requesens al encuentro del conde un cuerpo considerable al mando de Sancho de Avila, con órdenes de dirigirse á Maestricht, é impedirle que pasase el Mosa. Se quedaron Requesens y Chiapino Vitelli en Amberes, tanto por temor de una insurreccion en la ciudad como para observar desde allí los movimientos del príncipe de Orange, quien sabedor de la llegada de su hermano, tomaba disposiciones de ponerse en marcha para reunirse con sus tropas.

Se habian hecho nuevos alistamientos en el ejército español, y con algunas fuerzas que se sacaron de las guarniciones, se engrosó la division que mandaba Sancho de Avila. Desbarataron los movimientos del general español los planes del conde de Nassau, que eran apoderarse de Maestricht y otras plazas fuertes. Ya comenzaba á escasear en su ejército el dinero, no habiendo venido esta vez mas provisto de dicho recurso que las anteriores. Como sabia que le era superior en fuerzas Sancho de Avila, no se atrevió á pasar el Mosa, y redujo sus movimientos á reunirse cuanto mas antes con las tropas de su hermano. Mas le previno el español, y atravesando el rio junto á Grave, se encaminó hácia sus cuarteles presentándole batalla. No pudo menos de aceptarla el de Nassau, pues no le quedaba mas alternativa que la de retirarse; por lo que haciéndose fuerte junto al pueblo de Mooch, atrincheró su campo y esperó en esta posi-

cion á Sancho de Avila. Atacó la infantería ligera española las trincheras, y rechazó á las tropas alemanas que le salieron al encuentro. Se trabó en este mismo punto un combate sangriento, que se iba alimentando con nuevas tropas que de ambas partes acudian. Cedieron los enemigos el campo, y sea por rivalidades entre las diversas naciones de que se componía aquel ejército, ó por descontento en que los tenía la falta de pagas, ó por la verdadera inferioridad del número, se declaró una victoria decisiva por los españoles. Fué, pues, vencido, derrotado y disperso el ejército enemigo, con la pérdida de la artillería, trenes, bagajes, muchas banderas, habiendo quedado el suelo sembrado de cadáveres. Fueron muertos en la refriega de tres á cuatro mil hombres de infantería, quinientos caballos y los tres caudillos principales, Luis de Nassau, su hermano Enrique y Cristobal Palatino.

Fué la pérdida del conde de Nassau muy sensible para su partido. Capitan valiente y arrojado no carecía de pericia militar, aunque no estaba dotado de la prudencia y circunspeccion que tanto distinguían á su hermano el príncipe de Orange. En aquellas circunstancias y tiempos de revolucion, era hombre de mucha valía por su decision, por su arrojo y su constancia. Además de sus tres invasiones en los Países-Bajos, había servido en Francia en las guerras civiles contemporáneas de las que estamos describiendo. Se halló en la batalla de Montoncourt, y no solamente figuró en este gran teatro como soldado valiente, sino como negociador, hallándose estrechamente aliado por todos los vínculos de política y de religion con los reformadores de aquel reino.

Cogieron los vencedores abundantes frutos de aquella batalla en materia de botín y de despojos, y como se componía su ejército de naciones diferentes, cada una se adjudicó la victoria, declarándose los españoles por su jefe Sancho de Avila, los flamencos por Egidio, hijo del conde de Barlamout, y los italianos por el marqués de Monte. A estas disputas, que no tuvieron consecuen-

cias desagradables, fuera de las animosidades pasajeras que produce la rivalidad de las naciones, sucedió un acontecimiento de clase mas trascendental, pues los soldados prorumpieron en sedicion abierta contra sus jefes, pidiendo las pagas que se les debían por espacio de tres años, echándoles en cara que no hacían nada por proporcionarles la satisfaccion de sus atrasos; que los jefes recibían abundantemente el premio de sus servicios, sin que para el pobre soldado hubiese mas que los peligros, las heridas y la muerte; que pidiéndoles á ellos sus jefes la vida diariamente en los combates, no les era permitido gozar lo que para sustentar estas vidas era necesario. Llegaron estas voces hasta intimidar á Sancho de Avila, y sin fuerzas para contrastar la rebelion, abandonó los reales. Los soldados viéndose sin jefe, nombraron un capitan, á quien dieron el nombre de Electo, y repartiendo del mismo modo los demas cargos de la milicia, se dirigieron á Amberes sin hacer caso de algunos de entre ellos, que mas cuerdos y saliendo de su error, les aconsejaban mas prudencia.

No abandonó Requesens la plaza á pesar de la llegada de los amotinados; antes bien les salió al encuentro esperando calmar con su presencia la furia de sus ánimos; mas no hicieron caso de sus exhortaciones y amenazas, y llevando adelante su intento, entraron al son de caja y banderas desplegadas en Amberes, donde se alojaron sin ser molestados por los del castillo. Echaron de la plaza la guarnicion flamenca, y como á presencia del mismo Requesens, reiteraron el juramento de permanecer en actitud mientras no se les pagase hasta el último maravedí; comprometiéndose al mismo tiempo con un juramento muy solemne delante del Electo, á no cometer ningun desorden, ni despojar á nadie, mientras se mantuviesen en aquel estado de sedicion armada. Así lo cumplieron, en efecto, y la ciudad atónita, contempló el espectáculo de una turba de soldados en abierta rebeldía contra las autoridades, y que obser-

vaba en su régimen interior las leyes de la mas exacta disciplina.

Para poner fin á un orden de cosas tan embarazoso y contrario á los intereses del rey, puso toda su diligencia Requesens en buscar los medios de satisfacer á la tropa amotinada, y habiendo contribuido para ello los ciudadanos mas ricos con cien mil florines, se vió él mismo precisado á vender sus alhajas y cuanto poseia de algun precio, pudiéndose conseguir asi allegar lo necesario para pagar los sueldos atrasados. Tal vez no hubiese llegado á tanto la insolencia de la soldadesca, bajo el gobierno militar del duque de Alba, cuya inflexible severidad era de todos tan temida. Mas de todos modos se ve por este rasgo, bastante frecuente en aquellos tiempos, con cuánta irregularidad y atraso se suministraban los sueldos de las tropas, y lo poco fuertes que eran los lazos de la disciplina. No será demás que para hacer mejor conocer el genio de la época, añadamos que las tropas amotinadas volvieron al instante á su deber, y que viéndose con tanto dinero, pues eran muchas las pagas devengadas, hicieron cuantiosos donativos á las comunidades religiosas, sea por motivo de pura devocion, sea por espiar en parte su crimen de desobediencia y rebeldía.

Sosegadas las turbulencias de Amberes, se puso en marcha una fuerte columna á las órdenes del capitán español Francisco Valdés, con objeto de asediar á Leyden, una de las plazas mas importantes de los Países-Bajos. Está situada en un valle no lejos del mar, y atravesada por uno de los brazos del Rhin que la divide en dos partes casi iguales. Se halla cortado el país de las inmediaciones con un sinnúmero de canales y acéquias. Atento el príncipe de Orange á la conservacion de un punto tan importante, habia provisto abundantemente la plaza de víveres, poniendo de gobernador en ella á Juan Vanderoes, hombre de toda su confianza y de un gran mérito, no solamente como militar, sino como escritor conocido en la historia de aquel tiempo. Para impedir ó

retardar la llegada de los españoles, envió á su encuentro algunas compañías de aventureros ingleses que estaban á su sueldo; mas fueron estas tropas de muy poco auxilio, siendo tan inferiores en número á las españolas.

Llegaron, pues, estos sin oposicion, y no tratando de emprender un sitio formal de la plaza, la estrecharon fuertemente por medio de un bloqueo, en que la privaron de todas sus comunicaciones con los de afuera, contando con que el hambre haria desmayar el ánimo de sus moradores. Mas á la intimacion que les hizo Valdés de que se rindiesen á la clemencia del rey, respondieron casi en los mismos términos que los de Harlem, protestando que morirían todos en las ruinas de sus muros, antes que abrir las puertas á sus enemigos. Mas llegaron á ser tantos los estragos causados por el hambre, que varias veces el pueblo amotinado amenazó al gobernador y á la guarnicion, con que ellos mismos abrirían las puertas á los sitiadores si no se venia con ellos á composicion, librándolos asi de tanta miseria como estaban padeciendo. Amenazaba por otra parte Valdés con un asalto si no se entregaban voluntariamente. Mas ni el asalto ni la entrega tuvieron lugar por una de aquellas medidas extraordinarias que solo ocurren en guerras nacionales, cuando los pueblos combaten desesperadamente por su independencia. Estaba Leyden, como hemos visto, privada de toda comunicacion con los de afuera, y estos no podían socorrerla hallándose fuertemente atrincherado el campo de los españoles. En este apuro tomaron la resolucion de soltar los diques y abrir las esclusas que en aquella region contienen el curso de los rios y hasta el ímpetu del mar, que amenaza tragarse sus orillas. Se inundó de este modo el territorio de Leyden, mas las aguas no llegaron por de pronto á tanta altura que permitiesen el paso á las embarcaciones, ni impidiesen á los españoles continuar el sitio, aunque quedaron expuestos á muchas incomodidades y trabajos. Por fin, á favor de un viento recio que sopló del Norte, se aumentó la inundacion, y todo pre-